nos para saber si vivimos como todos los demas mortales.

A cada nuevo viaje, aprecio mejor el encanto de este excelente medio de locomocion, y cada vez me asombro más de no haberlo puesto en práctica en mayor escala. No hay modo alguno de viajar que ofrezca tanta variedad y tantos placeres como éste, porque á la aparente inmovilidad absoluta de la barquilla se añade la sin igual belleza del espectáculo. El globo se desliza silenciosamente por las llanuras del aire, llevado por un soplo invisible por encima de los más espléndidos paisajes... ¡Es un placer digno de los angélicos habitantes de Júpiter!

VI.

## ASCENSION CON EL CIELO NUBLADO.

Bl mundo de las nubes.—Panorama sobre las nubes.—Esplendor del cielo superior.—Una orquesta misteriosa.—El crepúsculo en los aires.—Ruidos nocturnos en la tierra.—La noche en las nubes.

—Viaje de París á Angulema.—Travesia aérea de 460 kilómetros.

Todos los precedentes viajes atmosféricos se habian efectuado con un cielo despejado, y aún no habia tenido la dicha de hacer una travesía sobre las nubes para estudiar ese mundo superior. La noche de mi viaje á Normandía habia transcurrido con tal rapidez, que deseaba ya pasar una entera con cielo encapotado, para poder hacer largas observaciones, tanto encima como debajo de las nubes. Preparé, por tanto, esta expedicion, y el 23 de Junio de 1867, con un cielo

completamente cubierto, me elevé de nuevo en el espacio.

Las nubes no parecian muy altas, y para no llegar inmediatamente à ellas, lo que me hubiera impedido toda observacion detenida, habíamos pesado exactamente nuestra fuerza ascensional y llevabamos el lastre conveniente. Nos elevamos con lentitud, los instrumentos tuvieron el tiempo necesario para ponerse à la temperatura ambiente y pude observar el estado termométrico é higrométrico de las capas de aire inferiores à las nubes.

El aerostato se dirigió hácia el Sur, pero más tarde debia desviarse hácia el Sud-Sudeste y el Sudoeste. Pasamos en línea recta sobre Vanves, Chatillon, Fontenay-aux-Roses, Sceaux, Chatenay y Antony. Esta corriente se extendia á grande altura y parecia general, porque un globo tripulado por M. Luis Godard, que se elevó de Neuilly, y el Gigante, de M. Nadar, que partieron al mismo tiempo que nosotros, siguieron

ambos una línea paralela á la nuestra, para ir á caer el primero en Clamart y el segundo en Longjumeau.

Miéntras admirábamos el espléndido parque de Sceaux, adornado con sus estanques y sus praderas artificiales, nos ibamos elevando poco á poco hácia las nubes. Nuestra altura es de 630 metros. El barómetro Fortin ha bajado de 757 milímetros á 705, el aneroide de 758 á 704, el termómetro desde 20 grados á 15, y el higrómetro, en cambio, ha subido de 88 grados á 90, despues de haber marcado 85 grados á 330 metros. Son las cinco y veintisiete minutos.

El aerostato se va elevando insensiblemente hácia las nubes. El aire parece que se va haciendo opaco á nuestro alrededor, y la campiña se cubre de un velo cuyo espesor aumenta del centro á la circunferencia. A poco perdemos de vista la tierra, que no distinguimos sino diametralmente, encontrándonos envueltos en una inmensa niebla blanca que parece rodearnos de léjos,

como una impalpable esfera, pero sin tocarnos. Aún logramos distinguir las carreteras como unos hilos blancos.

Nos creemos inmóviles en medio de aquel aire denso y opaco, sin que podamos apreciar directamente nuestra marcha horizontal ni saber, por el aspecto de las nubes, si nos elevamos ó si descendemos. Miéntras nos hallamos en medio de un elemento tan nuevo para mí, suspendidos en el seno de aquellos limbos aéreos, sorprende nuestros oidos un admirable concierto de música instrumental, que parece ejecutado en la misma nube, á algunos metros de distancia. Mis ojos interrogan las blancas profundidades, pero por arriba, por abajo, por cualquier lado que busquen, no encuentran más que la sustancia difusa y homogénea que nos rodea por todas partes.

Escuchamos con recogimiento la orquesta misteriosa, y no adivinando aún qué canto es aquél que llega á nuestras regiones, procuro anotar en mi diario de á bordo algunas frases, para conservar al ménos el motivo principal. Me dedico despues al barómetro, al termómetro y al higrómetro, y con cierto asombro hallo que la humedad decrece á medida que nos elevamos en la nube, y que el calor aumenta. A 700 metros ha descendido el higrómetro progresivamente á 87 grados y en cambio el termómetro ha subido á 17. Las nubes se forman en el aire que marcha, y se hallan relativamente inmóviles, como el globo. El vapor de agua, hasta este momento invisible, se va haciendo visible, sin que por esto sea más denso, como se verá en un capítulo especial, consagrado á los resultados de mis observaciones científicas.

La pieza musical ejecutada por la orquesta desconocida, era *El alma de la Polonia*.

La niebla es más sonora que el aire, y recoge los sonidos con tal intensidad, que cuantas veces hemos oido las notas de una orquesta atravesando las nubes, pensamos estar completamente al lado de ella. La interposición de una nube que oculte la vista de una poblacion, en el límite del sonido perceptible en el aire puro, léjos de atenuar los sonidos pondria al aeronáuta en tales condiciones que aquella misma nube le haria oir sonidos que sin ella no podria notar.

Hemos gozado de una serenata fortuita, ejecutada por una excelente orquesta, sobre Antony y sobre Boulainvilliers, cuando estábamos enteramente envueltos en las nubes y á cerca de un kilómetro de una y otra poblacion.

Sin embargo, la esfera de seda desgarra lentamente con su extenso cráneo las opacidades flúidas de la nube, y abriéndonos paso nos conduce hácia regiones más luminosas. Acostumbrados nuestros ojos á la débil claridad de abajo, reciben una impresion fuerte por el aumento excesivo de la luz que nos envuelve. Es, en efecto, una claridad sólida, que parece rodearnos por todas partes; la esfera blanca que nos encierra tiene el mismo brillo en todas direcciones, tanto arriba como abajo, á derecha é iz-

quierda, siendo absolutamente imposible distinguir en qué lado puede hallarse el sol.

En vano intento definir el carácter de nuestra situacion; el aspecto es verdaderamente indescriptible, y todo lo que puedo explicar es que estamos en el seno de una especie de océano blanco impenetrable, y que la luz va aumentando en intensidad con rapidez.

Repentinamente, y cómo si se deshiciera en el espacio un inmenso suelo, vemos la superficie superior de las nubes dilatarse bajo nuestros piés y precipitarse silenciosamente hácia la tierra, miéntras una luz deslumbradora y ardiente nos baña por todas partes. El sol aparece como una inmensa hostia colocada sobre capas de nieve. ¡El victorioso aerostato se cierne noblemente encima de las nubes!

Nos hallamos por fin en la luz y en el puro cielo. La tierra, con su velo de nieblas, se ha hundido bajo nuestros piés. Aquí reina la luz é irradia el calor; aquí se halla la atmósfera satu-

rada de alegría; al abordar al seno de este nuevo mundo, parece que se abandonan los sombrios límites del dolor para tomar posesion de una nueva existencia, y que dejando fundir las nubes allá abajo se resucita en la trasfiguracion del cielo. Los reinos que hemos dejado á nuestros piés se cubren de tristeza, y los intereses de la materia quedan velados por la vergüenza de la oscuridad, y apénas hemos atravesado las puertas del cielo, cuando el alma embriagada por tan rápida metamorfósis, siente latir sus alas palpitantes y despertar bajo su envoltura carnal el sentimiento de su inmortal destino. Cree empezar á sentir los goces de los mundos superiores, y quisiera abandonar por completo en aquellas nubes sus vestiduras, para volar hácia el cielo en el inextinguible ardor de su deseo.

Al llegar à 100 metros sobre el nivel superior de las nubes, bogamos en un espacio en apariencia completamente extraño à la tierra, y en cierto modo entre dos cielos. El inferior está formado por colinas y valles blanquecinos de matices diversos, ofreciendo un vago parecido con unas vedijas de lana cardada extremadamente fina, y disminuyendo de tamaño y de profundidad á medida que se van alejando.

El cielo superior es de azul, sembrado de copos y regueros blancos (cirros) situados á una grande altura; tanta como si nos hubiéramos quedado en la superficie de la tierra. El sol derrama y disemina sus rayos de luz y de calor en estas inexploradas regiones, miéntras queda oculto para las que habita el hombre. ¡Cuántas maravillas nacen, se desvanecen y quedan desconocidas para la vista humana! ¡Qué fuerzas inmensas y permanentes se ejercen encima de nosotros sin que las percibamos! ¡La eterna naturaleza sigue su curso, sin preocuparse de ser admirada y estudiada por el débil habitante de la tierra!

Nos hemos quedado próximamente una hora

encima de las nubes; toda ella la he empleado en buscar expresiones que puedan explicar el espectáculo desplegado ante nuestra vista, y despues de escribir una página de comparaciones y de imágenes, tengo que abandonar mi empeño exclamando: «Todas estas palabras son ridículas é indignas, y no hay expresion que pueda pintar este espectáculo embriagador.» De pié en la barquilla, la mirada con que exploro el mundo inferior me proporciona la sensacion de un vuelo ultra terrestre.... ¡Por qué no habitamos aquí!

Al contemplar estas magnificencias, no puedo ménos de pensar en que hay mundos en los cuales en vez de arrastrarse el hombre en el polvo como en el nuestro, ha establecido su residencia habitual en las regiones superiores. Quizás llegue para nuestro planeta un dia, en que la humanidad emancipada haya pódido romper sus ligaduras y vivir por fin en la pureza y la trasparencia del espacio celeste.

La sombra del globo se dibuja esfumada sobre el brumoso Océano, como un segundo globo gris que bogara por las nubes. El aerostato parece inmóvil como éstas, puesto que es conducido por la misma corriente. Las colinas y los valles blancos situados debajo de nosotros parecen bastante sólidos para invitarnos á descender de la barquilla y echar pié á tierra. ¡Qué sorpresa si nos dejáramos llevar de la tentacion!

El crepúsculo y la noche van á envolver muy pronto al solitario aerostato. La condensacion y el frio, á los cuales se une pronto la velocidad adquirida, inician y aceleran su descenso (vuelvo á repetir que no tocamos jamás la válvula). En diez minutos cae el aerostato de 1.900 metros á 750. En dos minutos descendió repentinamente 650.

A las seis y veinticinco minutos conocimos que salía un tren de una estacion por el ruido característico de las ruedas sobre las agujas. Consultando nuestro indicador de los caminos de hierro, conocimos que era un tren que partia de Brétigny.

En atencion á que hay algunos que desean los detalles circunstanciados, diré que hácia las seis y media comimos frugalmente un par de pichones y algunas cerezas, que regamos con una botella de Chambertin. Esta modesta comida nos mantuvo hasta el dia siguiente por la mañana, pero á pesar de su modestia, estaba condimentada con un espectáculo tan raro y agradable, que me pareció más deliciosa que una cena en la casa de Lúculo. Añadiré que apénas hubimos puesto la mesa una nueva orquesta incógnita empezó á ejecutar para nosotros la sinfonía de Guillermo Tell. Decididamente era el dia de Euterpe.

Como habíamos arrojado lastre para no bajar hasta la tierra y comer tranquilamente sobre las nubes, no tardó el aerostato en subir á mayor altura de la que habíamos calculado. Nos elevamos sucesivamente á 1.500, 1.700 y 1.900 metros,

las nubes que se ciernen entre 500 y 900 metros, nos ocultan enteramente la vista de la tierra; despues se efectúa una condensacion y nuestra casa flotante vuelve á descender.

Hasta las seis y cincuenta minutos nos quedamos sobre las nubes, en una inmovilidad
aparente, pero en realidad caminando con una
velocidad igual á la suya. El aerostato se halla
con un equilibrio tal en el seno del aire que
cuando llega debajo del nivel superior, un puñado de cien gramos de lastre, un vaso de agua ó
cualquiera cosa más insignificante aún, es suficiente para volvernos al cielo azul. Parece que
el globo no se atreve á descender, como si el
aire de las nubes hubiera sido más denso y le
hubiera sostenido. A las seis y cincuenta minutos penetró definitivamente en el nublado.

Cuando descendimos de la luz, se produjo un efecto inverso al que tanto me habia impresionado. Una *tristeza inmensa* sucedió á la alegría de allá arriba.

Algo oscuro, feo y hasta sucio parecia velar el espacio, sintiéndose la aproximacion de una tierra proscrita..... Recomiendo esta bajada á los misántropos: se experimenta una sensacion de verdadera humillacion, casi de repugnancia, cuando se cae así desde el cielo hácia el domicilio de los hombres. Cuando íbamos descendiendo de las nubes, percibimos repentinamente la tierra, que subia hácia nosotros con espantosa rapidez. La condensacion y el frío, á los cuales se unió bien pronto la velocidad adquirida por el comienzo de una caida vertical, nos hicieron descender cerca de un kilómetro en dos minutos. En un principio me apercibí de ello al ver que la aguja del barómetro subia velozmente. Cuando hubimos salido de las nubes y pudimos ver la tierra, descubrimos un pueblo que llegaba á gran velocidad. Godard arrojó el lastre por sacos de 10 kilos, pero nuestra caida nos llevó sin embargo, hasta 100 metros del suelo, sobre Mesnil-Racoing, cerca de Etampes. Como el úl-

VIAJES AÉREOS.

timo pueblo que habíamos percibido á través de las nubes, á las cinco y cincuenta minutos, era Balainvilliers, resultaba que habíamos recorrido en una hora y sobre las nubes, un espacio de 30 kilómetros.

A 1.000 metros habia llegado el higrómetro à 74 grados, y durante nuestro regreso à la tierra aumentó hasta 83. El termómetro marcaba 24 grados sobre las nubes y 18 debajo de ellas.

Despues de haber continuado nuestro viaje á una escasa altura, para reconocer el país y dar las gracias á los habitantes que sucesivamente acudian de todas partes para recibirnos, volvimos á subir en la atmósfera y seguimos nuestro aéreo camino, unas veces sobre las nubes, otras en medio de ellas y otras debajo.

A las siete y cuarenta y siete minutos volvimos à ver el sol, que tenía el color del metal en fusion. Las nubes sobre las cuales bogábamos parecian entónces altas montañas transparentes, inflamadas por los rojizos rayos del inmenso in-